ban, reconociendo en ella su inocencia y admirando su modestia, al paso que las palabras injuriosas del calumniador los escandalizaron de manera, que lo calificaron de hombre arrojado y sin cordura.

Dios cuida de volver la honra al inocente, pues si alguna vez permite su tribulacion y abatimiento, es solo para sacar mas gloria de él, como sucedió en el caso referido, pues el mancebo de la botica que habia robado el dinero del caballero de Burdeos, era natural de la misma ciudad, y habiendo, al cabo de algunos años, regresado á su patria, fué encarcelado por otros delitos en la misma ciudad. Conocia bien al juez, y sabia que entonces se hallaba allí: movido por los remordimientos de su conciencia, y creyendo que Dios lo castigaba por lo que hacia padecer á Vicente con calumnia tan atroz, envió á suplicar al juez fuese á la cárcel, porque tenia que hablarle. Fué en efecto el caballero, declaró que él habia sido el que le habia robado en Paris, y le prometió restituirle el dinero si lo aguardaba algun tiempo. Quedó aquel confuso y maravillado de semejante declaracion, remordiéndole su conciencia por haber calumniado con tanta atrocidad á tan venerable sacerdote; tomó la pluma y escribió á Vicente una carta confesando su culpa y pidiéndolo perdon de ella. Decíale que tendria la mayor satisfaccion, si queria, en ir en persona á Paris á arrojarse á sus pies, y con una soga al cuello pedirle en público perdon de haberlo infamado: que publicaria la inocencia del Santo y el yerro que habia cometido en haberle hecho padecer sin causa. Tan sincera manifestacion no quiso Vicente que se publicase, pues como verdadero discípulo de Cristo amaba el desprecio; y si se alegró de que se hubiese descubierto la verdad, fué solo porque arrepentido el caballero, pidiese á Dios perdon de su pecado.

Este hecho singular sugirió á Vicente materia para una conferencia espiritual, en que refirió el hecho como si hubiese pasado á otra persona, para animar á los suyos á la paciencia y á que no evitasen las ocasiones de la propia confusion, porque es mucho lo que aprovecha para edificar en el corazon la virtud de la humildad; y añadió que mientras mas calumniado se veia el sujeto de quien referia la historia, mas elevaba su corazon á Dios, diciéndole: «¿Qué, haré, ó Dios mio? Vos sabeis la verdad;"

y que con esta queja amorosa cobró tanta confianza en la proteccion divina, que se resolvió á no contestar nada á la acusacion.

Pero lo que particularmente debe notarse en este suceso es, que pudo Vicente haber hecho disminuir, cuando menos, la sospecha del caballero, haciéndola recaer sobre el mancebo de la botica; y quiso mas bien sufrir la humillacion de la calumnia, que suponer una falta en su prójimo. La mayor prueba que pueda darse de que reina la humildad en el corazon, consiste en avasallar de tal modo el entendimiento, que solo sepamos pensar mal de nosotros mismos.

CAPITULO V.

Varias ocupaciones de Vicente hasta que entra en la casa de Gondí.

Entre los singulares favores que nuestro Señor concedió á su siervo en el suceso referido en el capítulo anterior, fué uno de ellos darle á conocer claramente cuán peligrosa es á los eclesiásticos la compañía de los seglares, y que nunca goza de mas quietud su conciencia ni se halla mas segura que cuando están mas apartados de ellos. Con esto determinó buscar una casa donde vivir solo, retirado del trato del mundo y entregado enteramente á la consideracion de lo eterno. Parecióle muy á propósito para este objeto la casa de los padres del Oratorio de Paris, que era un seminario de virtud y santidad: entró en efecto, no para seguir aquel instituto al que Dios, como él mismo declaró, no le llamaba, sino para caminar por la senda de la perfeccion, imitando el ejemplo de tantos varones ilustres que habia en aquella casa, y para ponerse bajo la direccion del padre Berulle, hombre dotado de escelentes virtudes.

Disfrutó Vicente dos años la compañía de aquellos buenos sacerdotes, entre los cuales hizo tales progresos su virtud, que al cabo de ese tiempo lo consideraban como el mas perfecto de todos. Vió el padre Berulle en Vicente los profundos cimientos de una hermosa fábrica que Dios se proponia levantar para aumento de su gloria y utilidad de su Iglesia, y por constante tradicion se sabe que este padre predijo á Vicente, que con el tiem-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

po habia de ser fundador de una congregacion de sacerdotes, cuyos trabajos habian de procurar la salvacion de muchas almas.

Vivia Vicente ocupado solamente en las cosas celestiales y tan desprendido de las terrestres, que no parecia que habitaba en el mundo, sino que alababa al Eterno entre los ángeles; mas como Dios tenia dispuesto que cultivase su viña, hizo que saliese de aquella quietud y se encargase por obediencia de servir una parroquia. Era entonces cura de la iglesia de Clichy el P. Borgoino, que fué despues Superior general del Oratorio; y cuando entró á esta congregacion renunció el curato á favor de Vicente, á quien el P. Berrulle, que era su confesor, mandó aceptar; y como Vicente nada hacia mas á gusto que la voluntad de su director, sin réplica obedeció.

Por el mismo tiempo que aceptó el curato, le dió el rey una abadía, y la reina Margarita lo nombró su capellan ordinario. Cadenas fueron estos nombramientos que hubieran hecho á otro cualquiera fijar su residencia en la ciudad y admitir los honores que trae consigo el aprecio de los reyes; pero Vicente no quiso admitir ni lo uno ni lo otro, y se dirigió á su parroquia, siguiendo los designios de Dios que le iba encaminando de este modo á cultivar las almas de los pobres aldeanos.

Luego que tomó posesion del curato, conocieron los aldeanos el tesoro que Dios les mandaba en tan escelente pastor, pues ademas de la continua instruccion espiritual, encontraban en Vicente un padre, un hermano y un amigo, que daba consuelo y remedio á los necesitados, asistia con ardiente caridad á los enfermos, y se acomodaba á las circunstancias y capacidad de todos, para atraerlos á la obediencia de la ley de Dios, empleando, no solo la dulzura y la exhortacion, sino lo que es mas, el buen ejemplo.

Era incansable en el cuidado del cumplimiento de su ministerio y en el trabajo de apacentar aquel pequeño rebaño; y así fué tan abundante el fruto que dieron á Dios los afanes de su fiel ministro, que en poco tiempo vieron los vecinos de aquel pueblo reconciliados los enemigos, estinguido el odio, corregidos los vicios y mas aprovechados los buenos en el camino de la perfeccion. Dió esto motivo á un religioso muy grave y estimado por sus virtudes y talento, á que predicando en la parroquia de

donde era cura Vicente, dijese, despues de lo que habia presenciado: «Me glorío de haber oido muchas ocasiones y antes que « felizmente hubiera comenzado el instituto de la Mision, las « conferencias que en esta parroquia de Clichy hacia á sus feligre- « ses el señor cura Vicente de Paul, de quien la Divina Provi- « dencia se ha servido para dar origen á esta pequeña fuente que « va creciendo como caudaloso rio é inundando copiosamente los « campos con su doctrina; dando á la Iglesia mas fertilidad que el « Nilo al Egipto. Me empleaba en predicar al pueblo de Clichy, « de donde él era cura; mas confieso que toda aquella buena gente » tenia una vida angélica; y á decir verdad, yo no hacia otra cosa « mas que dar luz al sol." Hasta aquí son palabras del religioso.

Volaba la fama de lo que Vicente hacia en Clichy por aquellos lugares circunvecinos, y estimulaba á los curas de ellos á venir á aprender de aquel solícito pastor el modo de dar á sus ovejas saludable pasto; y se retiraban deseando imitarlo en el cumplimiento de su ministerio, pues la voz del buen ejemplo despierta al mas dormido. No menos estimaron el zelo ardiente de Vicente algunas personas de Paris qne tenian en Clichy casas de recreo, quienes contentas con la virtud y zelo activo de su cura, le dieron cuantiosas limosnas para reedificar la iglesia, que ya amenazaba ruina, y para habilitarla de todo lo necesario para el culto sagrado; con lo que se demuestra que la riqueza de los templos no consiste en sus cuantiosos tesoros, sino en el zelo de sus ministros, que el sacerdote activo sabe enriquecer al templo pobre. Las iglesias estuvieran siempre vestidas, si sus sacerdotes se desnudaran de los afectos carnales; y poca falta les haria la renta de sus beneficios, si cuidasen con el verdadero zelo de su ministerio, de la decencia que inspira la reverencia en la casa del Señor.

Iba secretamente el Señor acercando á nuestro Vicente al cumplimiento de sus designios soberanos, pues mientras él se ocupaba en los trabajos de su ministerio, convirtiendo en ángeles á aquellos rústicos labradores, dispuso que el mismo camino por donde habia venido de la corte á la aldea, fuese el que le condujera de la aldea á la corte, porque el P. Berulle por inspiracion, pudiéramos decir divina, le ordenó que dejase la parroquia y fuese á la casa del Exmo. Sr. D. Manuel de Gondí, Ge-

neral entonces de las galeras de Francia, y de la Sra. Francisca Margarita de Silly su esposa, muger dotada de singular virtud. Huia Vicente los palacios, y Dios quiso, para mostrar cuan investigables son sus caminos, que un palacio fuese el que sirviera de cimiento al instituto de la Congregacion de la Mision.

Entró Vicente en esta casa como maestro de los tres hijos que tenia el general Gondí: el primero fué duque y par de Francia; el segundo, por sus méritos [1], vistió la sagrada púrpura; y el tercero, á la edad de diez ú once años, lo perdió su piadosa madre, ó mas bien, dispuso Dios asegurarle el gozo de los placeres eternos.

Parece que Dios llevó á Vicente á habitar este palacio, para dejar un modelo en la conducta que observó, de lo que deben hacer los eclesiásticos que ocupan semejantes puestos en las casas de los grandes, pues el primer y principal cuidado que tuvo el siervo de Dios en todo el tiempo que vivió en la dicha casa, fué el atender en todo lo que hacia á su dignidad de sacerdote, acostumbrándose á vivir siempre como si habitase en un monasterio; con tal recogimiento, que nada le distraia del cumplimiento de sus deberes. Así es que, de ordinario se estaba retirado en su cuarto sin entrometerse en los negocios que no estaban á su cargo; y si los señores de la casa no le llamaban, nunca se presentaba á ellos, huyendo de este modo aquellas ocasiones que en los palacios siempre andan buscando la ambicion y la lisonja. Si se le obligaba á que entrase en el manejo de algun asunto, mas hacia con la oracion que con la diligencia é industria humana, pues todo queria que fuese guiado por la voluntad divina. Tenia siempre puesto su corazon en Dios, y por eso referia á su Divina Magestad cuanto hacia por los hombres, sin esperar de ellos ninguna recompensa, ni aun agradecimiento. Bien se echa de ver lo mucho que se ejercitaba en la meditacion, en lo que dijo á un confidente y amigo suyo, quien le rogó un dia que le aconsejase cómo podria conservar el espíritu de devocion en medio de las ocupaciones de una gran casa en donde servia, á lo que le contestó Vicente: Que él en todo el tiempo que habia estado en

[1] No fué este el discípulo que honró á su maestro, pues son bien conocidas las Memorias que escribió con el título de *Memorias del cardenal de Retz*, y sin embargo, como veremos en el curso de esta vida, cooperó mucho á los establecimientos que dejó fundados S. Vicente.

el palacio de Gondí, por la gracia del Señor, habia logrado ver siempre á nuestro Señor Jesucristo en la persona del general, y en la de su esposa á la Virgen Santísima, y que á los criados y otras personas que frecuentaban la casa, los miraba como á los discípulos y á la numerosa multitud que de ordinario seguia á nuestro Redentor, y que de esta manera contemplaba al Criador en las criaturas. Ademas de esto, una de sus máximas era, que para caminar con seguridad entre tantas y tan frecuentes ocasiones de peligro como hay en un palacio, era conveniente vivir retirado todo el tiempo que la necesidad no obligase á tratar con otros, ó á salir de casa; mirando el cuarto, no como la habitacion de un seglar, sino como la celda de un religioso.

Con este espíritu vivia Vicente en la corte, admirando á cuantos le trataban, y siendo justo asombro de aquel palacio. Es muy digno de notarse que la vida tan austera del siervo de Dios, podia presentarse como ejemplo mas bien que como imitacion de la de un anacoreta: nunca tuvo disgusto alguno con los numerosos criados que servian en la casa del general; para ninguno fué molesto su apreciable trato; su rostro siempre risueño, era un iman que con dulce violencia se llevaba tras de sí los corazones; todo lo componia con tal modestia, que quedaban prendados de su mansedumbre; fué tan amado de toda la familia, como si fuera hermano de cada uno, y tan venerado como un ángel enviado del cielo: reverencia y amor que bien merecia Vicente, pues cuando alguno se hallaba enfermo, en la caridad y escesivo cariño con que le asistia, parecia mas bien madre que amigo ó compañero, no permitiendo que aquellos oficios asquerosos que exige una enfermedad los hiciese otro; y era enfermero tan fino y cuidadoso, que el mas pequeño servicio solo lo fiaba á su mano. Cuando ocurria algun disgusto en la casa por ligero que fuese, todo lo apaciguaba, y procuraba que se conservase entre todos una perfecta union. Era su consejo el acierto en los casos dudosos; en las adversidades sus palabras derramaban el consuelo, y finalmente era Vicente el padre amoroso de cuantos habitaban el palacio. En los dias solemnes reunia á toda la familia y le hacia una plática exhor-

tándola á confesarse y comulgar dignamente. Cuando estaba en las tierras del general, enseñaba la doctrina á los niños y á los pobres labradores, y les daba las instrucciones necesarias para que se confesasen; negábase todo descanso, para que siempre le hallasen en el confesonario los que quisieran acercarse á él. Como la esposa del general observaba la vida de Vicente y debidamente estimaba su rara virtud, dispuso entregarle el gobierno de su alma, eligiéndolo por su padre espiritual; resistióse el siervo de Dios cuanto pudo, porque le parecia que aun en tribunal tan sagrado podia peligrar su humildad, familiarizándose con el trato de una señora tan principal; que sabe la soberbia introducir el veneno en las cosas mas santas. Viendo la señora que nada alcanzaba con sus ruegos, recurrió al Padre Berulle para que mandase á Vicente lo que ella deseaba, y obligado por la obediencia, aceptó aquella carga, pesada para él, por serlo la honra para los humildes.

CAPITULO VI.

Da ocasion á la primera mision de Vicente, una confesion general que le hizo hacer á un labrador.

Mucho favoreció Dios á la casa del general Gondí con haber llevado á ella á nuestro Vicente; pero la buena conversacion de este aprovechó mas particularmente á la señora. Comenzó á confesarla como hemos dicho, por obedecer al P. Berulle; y si bien antes habia sido de notoria virtud, luego que se puso bajo la direccion de tan insigne maestro, caminó rápidamente á la perfeccion. Miraba despues á sus vasallos como si fuesen sus hijos: componia sus pleitos, y no permitia que gastasen sus intereses en los tribunales: ella misma los oia y los despachaba, enseñando de este modo á sus ministros, á juzgar con desinteres, y á hermanar la piedad con la equidad y la rectitud; repartia á los pobres cuantiosas limosnas, visitaba á los enfermos y les servia con sus propias manos; era finalmente en sus estados el refugio de los huérfanos, el consuelo de los afligidos, el remedio de los necesitados y la madre piadosísima de todos; así creció de dia en dia aquella ilustre planta con el jugo de la doctrina que le enseñaba Vicente.

Era la casa del general Gondí un espejo de honra, piedad y devocion, siguiendo la familia los pasos de su señora, que siempre los grandes personages, si con los vicios escandalizan, con las virtudes no solo edifican, sino que despiertan el deseo de imitarlos. Vivia la señora retirada de la corte en una casa de campo de la provincia de Picardía, llamada Folleville, y estando allí nuestro Vicente, fué llamado un dia de un lugar vecino para confesar á un labrador que estaba gravemente enfermo, y tenia fama de hombre honrado y virtuoso; Vicente lo persuadió á que hiciese una confesion general, por cuyo medio consiguió librarlo de una muerte eterna, porque hasta entonces habia callado, siempre que se confesaba, muchos pecados por vergüenza, cosa que él mismo declaró á varias personas que allí estaban, á quienes dijo ademas: «Si no hubiera hecho «esta confesion general, me hubiera condenado sin remedio."

Hablando despues Vicente de este suceso con los suyos, decia: «La vergüenza es causa de que muchos de estos pobres «labradores oculten gran parte de sus pecados, viviendo de este «modo en continuo peligro de condenarse. ¡Ah Dios mio, cuán im«portante es la confesion general para remediar estos males! «Este hombre del que os he hablado decia, que sin esta confe«sion, claramente conocia que se hubiera condenado, porque no «estaba verdaderamente poseido del espíritu de penitencia, en «virtud del cual, concibe el alma tal horror al pecado, que «no solamente lo confiesa al sacerdote, sino que está tan bien «dispuesta, que lo confesaria públicamente si fuese necesa«rio para su salvacion. He conocido muchas personas que des«pues de haber hecho una confesion general, han querido de«cir públicamente sus pecados, y no sin trabajo he podido evitar«lo: y aun cuando espresamente se los prohibia, me decian: No, «yo los publicaré á todos, he sido un malvado, merezco la muer«te. Mirad pues la eficacia del espíritu de Dios y la fuerza de «la contricion; esto que os refiero lo practicaron los Santos mas «grandes: S. Agustin ha publicado en todo el mundo sus peca«dos y sus yerros en el libro de sus Confesiones; San Pablo, «antes que él, declaró en sus epístolas que habia sido un blasfe-